Año XXI. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 47.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Explicacion del grabado de modas.—Correa para labores de costura.—Dibujo de tapicería.—Capillo para niño.—Entredos á punto de aguja. — Capucha de diadema:—Capelina fanchon.—Almilla para señora.—Chaleco.— Zapatilla.—Canastilla.—La vírgen de las Lilas.—El Doctor Antonio.—Revista de Cádiz.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del geroglífico anterior.

Explicacion del grabado de modas.

TRAGE DE POPELINA LISA COLOR DE ARENA MOJADA.—Lo bajo de la enagua está guarnecido por una tira de terciopelo de 5 centímetros de ancho dispuesta en festones puntiagudos. En los huecos de cada feston se halla *una cruz*, *asimismo* de cinta de terciopelo negro mucho mas estrecha que la de los festones; tiene 2 centímetros. El corpiño montante está cerrado con *botones de terciopelo negro*; tambien el cinturon es de terciopelo. Las mangas tienen una vuelta simulada por festones de terciopelo negro, entre las cuales van colocadas cruces de lo mismo. Sombrero de tafetan del mismo color que el trage, pero de tono mas oscuro, adornado con rosas y frutos de acácia; diadema igual, bridas rosa.

TRAGE DE TAFETAN VERDE.—La enagua está guarnecida con tres tiras de tafetan negro, rodeadas de guipur negro estrecho. El corpiño es de punta redondeada, y solapas orladas de tafetan negro y guipur. En la escotadura de cada solapa hay un lazo de tafetan negro de dos hojas y tres cabos, rodeado de guipur. Cada lazo se sujeta por una hebilla ovalada de azabache. Las mangas con vueltas puntiagudas,

GRABADO DE MODAS.

© Biblioteca Nacional de España

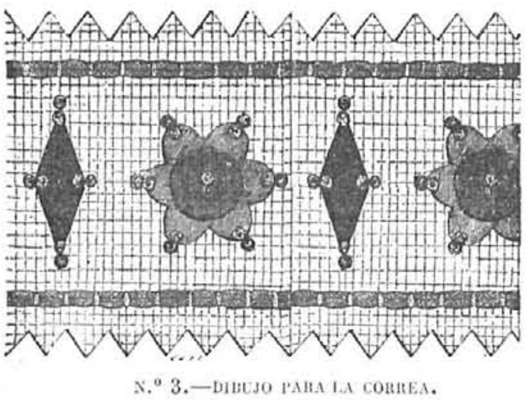
van adornadas como el corpiño. Camisolin de batista, bordado por delante, y con cuello de batista doble. Mangas interiores de nansouk, con manguito de batista doble.

Correa para las labores de costura.

Consagramos tres dibujos á este objeto, que creemos ha de ofrecer alguna utilidad á nuestras lectoras; remplaza al cogin pesado ó el plomo, sobre el que se sujetan las labores de costura, y que á su vez hay que sujetarlo á la mesa sobre que se coloca. Esta correa, fijada á un estribo de acero en el que entra el pié, permite transportarse fácilmente con la labor á donde se quiera.

El cróquis n.º 1 representa el modo de usar la correa; el n.º 2 es un dibujo que se ejecuta al canevas sobre una tela de seda. Se coloca una tira de canevas sobre otra de tafetan negro, y se hace el dibujo con seda maiz; los cuadritos de 8 cruces se llenan al pasado con seda verde y encarnada alternativamente. Cuando se ha concluido el bordado, se sacan los hilos del canevas, y á cada lado de la tira se pega una tira estrecha de tafetan verde recortada por su borde, haciendo sobre ámbas á la vez una costura en cruz con sedas encarnada y amarilla.

El dibujo n.º 3 se hace sobre piel americana, color castaño claro; esta tira tiene 6 centímetros de ancho; está recortada por ámbos bordes; dos filas de trencilla de seda, color castaño muy subido, van puestas á uno y otro lado y sujetas por puntos perpendiculares hechos con seda encarnada. Los arabescos se recortan en piel ó paño, si no se tiene piel de color. Los losanges son color de bronce; las estrellas alternativamente encarnadas y negras: en estas últimas se coloca una redondela encarnada, en las encarnadas ésta es verde. Las puntas y el centro de estos arabescos se aseguran por una cuenta de acero y otra negra que se ansartan juntas.



N.º 3.—DIBUJO PARA LA CORREA.

Dibujo de tapiceria del género argelino.

Este dibujo servirá para sillones, tapetes, cogines, etc., puede empleársele en tiras, repetiéndolo solo á lo largo, y componiendo el ancho de dos medallones no mas.

Capillo para niño.

MATERIALES.—Muselina clara; hilo de Irlanda muy fino.

Este capillo se compone de rosetas hechas al crochet, y despues aplicadas y festoneadas sobre muselina. La orla que forma el ala puede utilizarse para otros muchos objetos de ropa blanca. Publicamos el fondo y una parte de la orla en tamaño natural, además del capillo ya armado en tamaño reducido.

Roseta del borde del fondo.— Se hace una cadeneta de 30 puntos; se reune el último al primero.

1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en cada uno de los dos primeros,— * 2 en el aire,—1 sencillo en cada uno de los 5 siguientes.—vuélvase á empezar desde *: en seguida 2 puntos en el aire,—1 sencillo en cada uno de los 2 siguientes: queda un punto de la cadeneta.

2.ª *vuelta.*— 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el 2.º de los siguientes, esto es, en el 1.º de la vuelta anterior:— * 1 punto sencillo en el bucle formado por 2 puntos en el aire de la fila anterior,—4 puntos en el aire,—1 sencillo en el mismo bucle,— otras dos veces seguidas 4 puntos en el aire, — un punto sencillo en el mismo bucle, de modo que tenga al rededor de él 3 festones, —1 punto sencillo en el 2.º de los 5 de la vuelta anterior,—3 en el aire,—1 sencillo en el penúltimo de aquellos 5,—vuélvase á comenzar 4 veces desde *; se termina el todo, concluida esta repeticion, haciendo, despues del tercer feston, solamente un punto sencillo en el sencillo del que parten los 3 primeros en el aire de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—1 punto sencillo en el feston compuesto de 3 puntos en el aire al principio de la vuelta anterior,—12 puntos en el aire,—* 1 brida en el 2.º de los festones compuestos de 3 puntos en el aire, pasando por encima de los 3 festones colocados en el bucle,—9 puntos en el aire,—vuélvase á empezar 4 veces desde *—despues un punto-cadeneta en el 3.º de los 4 puntos en el aire de la actual vuelta. La labor de crochet está terminada (para una roseta). Se deja un cabo de hilo suficiente para ejecutar, en el medio de la roseta, una rueda ó un calado de encage.

N.º 1.—CORREA PARA LABORES DE COSTURA.

CAPILLO PARA NIÑO.

Las rosetas de la orla son iguales á las del fondo; nos queda solo, por tanto, describir el entredos que las rodea. Se hace una cadeneta suficiente á dar vuelta al ala.

1.ª *vuelta del entredos.*—1 brida en el 11.º punto de la cadeneta, de modo que los 10 primeros formen un bucle,—* 3 puntos en el aire,—1 brida en el 4.º punto, pasando por consiguiente 3 de la cadeneta,— vuélvase á empezar desde * hasta el fin. Al terminar cada vuelta se corta el hilo, y se ata para empezar la siguiente.

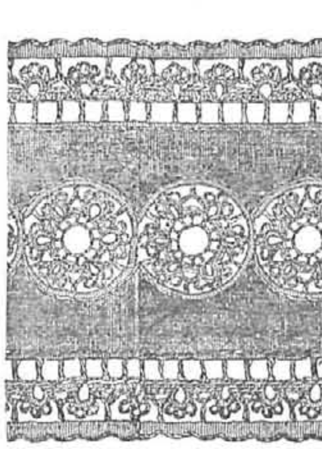
2.ª *vuelta.*—1 punto sencillo en cada uno de los 4 que preceden á la primera brida de la primera vuelta, — * 2 puntos en el aire, bajo los cuales se pasa la brida de la vuelta anterior,—1 punto sencillo sobre cada uno de los 7 siguientes,—vuélvase á comenzar desde *.

3.ª *vuelta.*—1 punto sencillo en el primero idem de la vuelta anterior,—3 en el aire,—1 sencillo en el segundo idem de la vuelta anterior,—* 1 sencillo en el vacío formado por los 2 puntos en el aire de la vuelta anterior,—4 en el aire,—1 sencillo en el mismo vacío,—otras dos veces 4 en el aire,—1 sencillo en el mismo vacío, de modo que contenga 3 festones,—1 punto sencillo en el 3.º de los 7 de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire, —1 sencillo en el 5.º de los antedichos puntos en el aire,—vuélvase á empezar desde *.

4.ª *vuelta.*—* 1 brida en el feston compuesto de 3 puntos en el aire al principio de la vuelta anterior,—7 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan los 3 festones hechos en el mismo vacío,—vuélvase á empezar desde *, colocando siempre la brida en el feston aislado, compuesto de 3 puntos en el aire.

Se corta el ala de la papalina, y en el medio del espacio que ha de ocupar la orla se pone una fila de rosetas hechas al crochet, y se festonea la vuelta exterior de estas sobre la muselina, que se recorta por abajo cuando se ha hecho el feston. El entredos se coloca del mismo modo: solo que el lado de afuera de él se festonea á *punto de rosa*: el otro lado se compone de un simple feston recto.

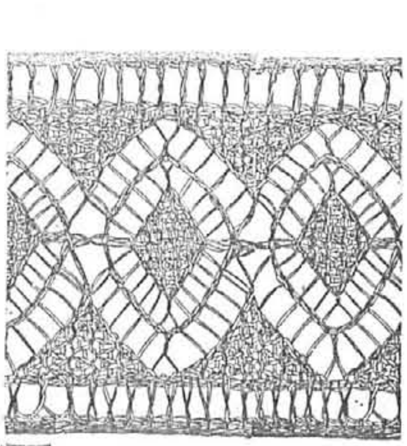
El fondo se corta en muselina segun el dibujo que lo representa, pero un poco mayor: se hace un dobladillo en el borde de delante del ala, y se la guarnece con rizados de tul ó de encage, entre los cuales se colocan algunos lazos ó rosetas de cinta estrecha, azul, rosa ó blanca. Se puede tambien forrar el capillo con tafetan rosa ó azul.



ALA DEL CAPILLO DE NIÑO.

Entredos á punto de aguja.

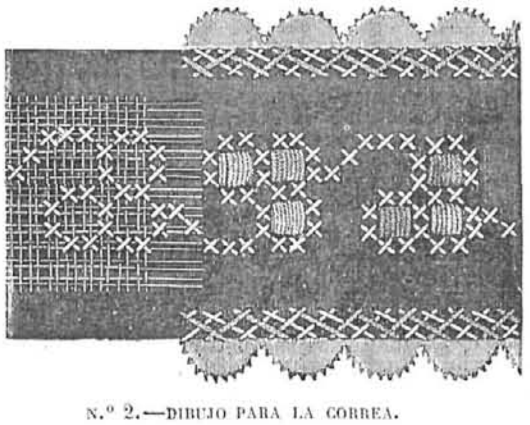
Puede servir para pantalones y ropa blanca de niño: en tal caso se le hará con algodon torcido del n.º 40 y agujas de acero. Se le puede tambien emplear para orla de cortinas de vidriera, y entonces se hará uso de algodon de los números 35 á 30.



ENTREDOS Á PUNTO DE AGUJA.

Se arman 25 puntos, y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*— 9 puntos al derecho, —menguado, (esto es, 2 puntos cogidos á un tiempo),—1 echado (esto es, que se hecha el algodon sobre la aguja),—3 al derecho,—1 echado,— menguado, — 9 al derecho.



N.º 2.—DIBUJO PARA LA CORREA.

2.ª *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado, — menguado,—4 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—5 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

3.ª *vuelta.*—7 al derecho,—menguado, — 1 echado,—menguado,—1 echado,—3 al derecho;—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—7 al derecho.

4.ª *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado,— menguado,—2 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—5 al derecho,— 1 echado, —menguado,—1 echado,—menguado,—3 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

5.ª *vuelta.*—5 al derecho,—menguado,— 1 echado,—menguado,—1 echado,—7 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—5 al derecho.

6.ª *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado,— menguado,—otro menguado,—1 echado, menguado,—1 echado,— 9 al derecho, —1 echado—menguado,—1 echado—menguado, —1 al derecho, —1 echado, —menguado,—1 al derecho.

7.ª *vuelta.*—3 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,— 1 echado,—11 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,— 3 al derecho.

8.ª *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado, —menguado,—1 al derecho,— 1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—7 al derecho,—menguado,— 1 echado,—menguado,—2 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

9.ª *vuelta.*—6 al derecho,—1 echado, —menguado,—1 echado,—menguado, —5 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—6 al de-

© Biblioteca Nacional de España

recho.

10. *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado,—menguado,—3 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—3 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—4 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

11 *vuelta.*—8 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 *echado,—menguado,*—1 al derecho,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado, —8 al derecho.

12 *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado,—*menguado,*—5 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—3 tomados juntos al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—6 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

13 *vuelta.*—10 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho,—menguado,—echado, —10 al derecho.

14 *vuelta.*—2 al derecho,—1 echado, —menguado, 7 al derecho,—1 echado,—3 tomados juntos al derecho,—1 echado,—8 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al *derecho.*

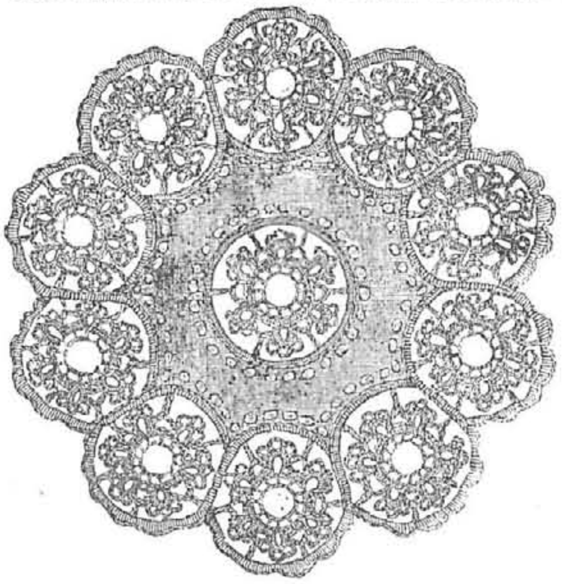
Se vuelve á empezar desde la primera vuelta hasta que el entredos tenga el largo suficiente.

Capucha de diadema.

Este modelo no puede remplazar las capuchas entreteladas y con ballenas que cubren los peinados mas *voluminosos sin ajarlos, pero servirá para las* mañanas y las noches de otoño, para las noches que se pasan en los wagones, y para todas las circunstancias de la misma especie que exigen un tocado de algun abrigo, sin dejar de ser gracioso.

Se hace esta capucha de muselina de lana de cualquier color; se la guarnece con rizados de la misma tela que se recortan con el sacabocados. Se la adorna por un lado con un ramo de flores hechas de lana.

Estos rizados se hacen con dos tiras de la misma



FONDO DEL CAPILLO DE NIÑO.

muselina, que se recortan por ámbos bordes y que tienen 8 centimetros de ancho; á la una de ellas se *le* dan de largo 2 metros 50 *centímetros*, y á *la* otra un metro: ámbas se pliegan por medio á pliegues triples. La mas larga se cose al borde del ala.

El ramo de flores de lana se coloca al lado derecho. En uno de nuestros próximos números explicaremos este género de labor, á la que consagraremos muchos dibujos, que representarán las flores en tamaño natural.

Capelina-fanchon.

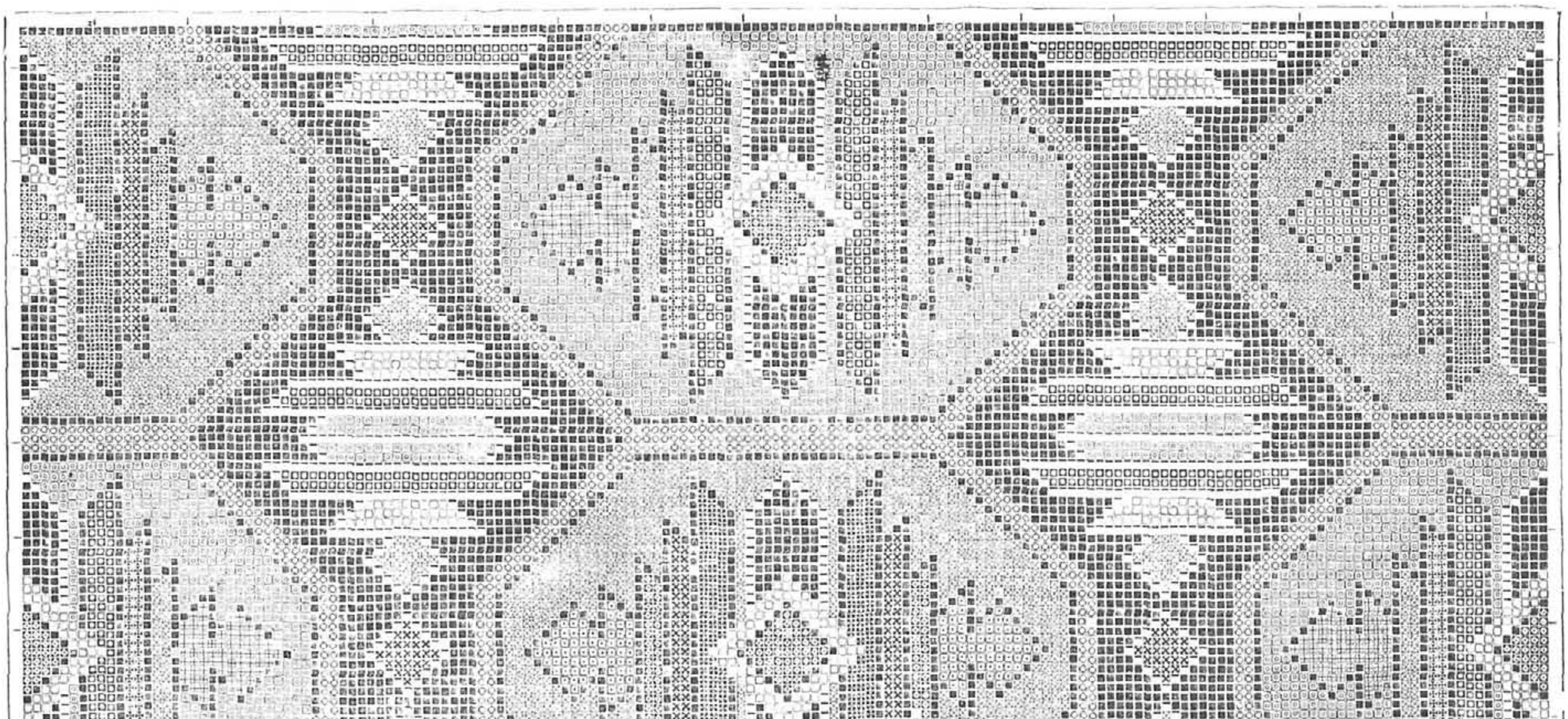
Esta capelina servirá para entrada ó salida de bailes ó teatros. Formando una punta por delante, se compone de dos pedazos cortados en figura de fichú, de desigual tamaño: se sujeta por dos anchas bridas del mismo color de la guarnicion.

Nuestro modelo es de cachemira azul: se guar*nece con cintas de terciopelo negro: puede tambien* hacerse la capelina de franela ligera.

Estas cintas, que han de entrelazarse en la punta de delante y en las de detrás, tienen 1 centímetro de ancho: la que órla todo el contorno de fuera de los dos fichús, y forma ribete, tiene de ancho 2 centímetros y medio. Cuando se ha cosido la guarnicion, se colocan uno sobre otro los dos fichús, y se cosen juntos sus bordes superiores y al mismo tiempo se pegan las bridas.

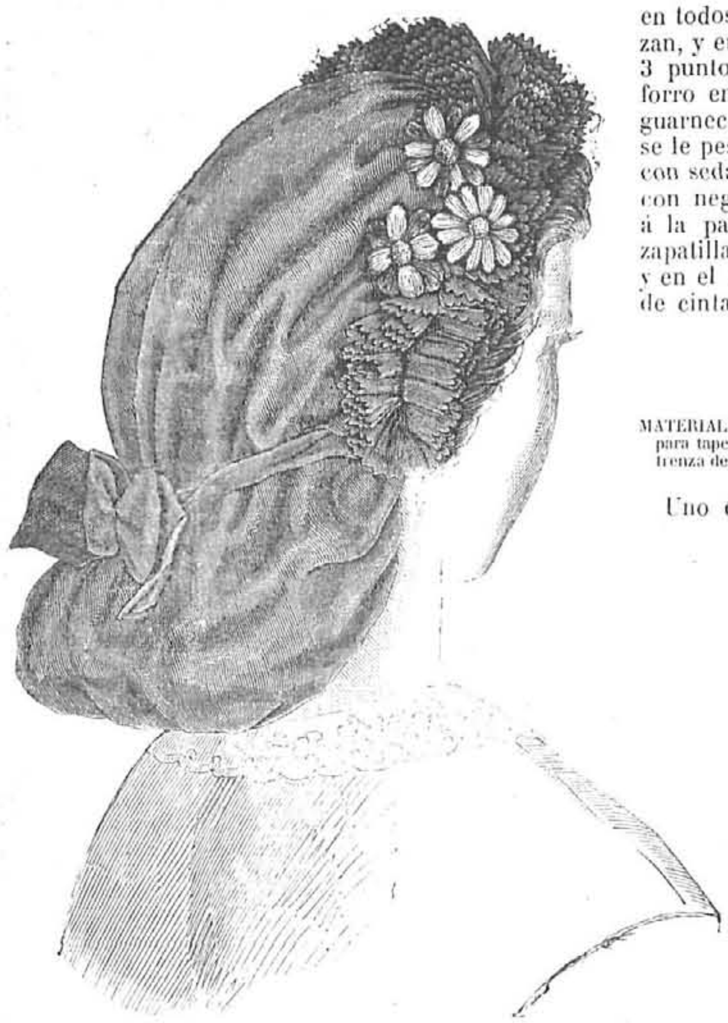
Almilla para señora.

Este modelo, á la vez sencillo, elegante y cómodo, se hace de nansouk fino, y se borda á PUNTO RUSO, que hemos explicado en uno de nuestros números *anteriores; se le ejecuta con lana muy fina* ó bien con algodon de color.



DIBUJO DE TAPICERIA DE GENERO ALCELINO.—Explicacion de los signos — ■Negro. ⊞Punzó muy claro. Punzó menos claro. Punzó medio color. ◘ Punzó oscuro. Gris muy claro. Id. menos claro. ×Id. medio color. Id. oscuro. Verde inglés claro. Id. medio color. Blanco en seda ó lana. -Maiz en seda ó lana.

© Biblioteca Nacional de España



CAPUCHON DE DIADEMA.

Chaleco de franela.

La mayor parte de nuestras lectoras llevarán á bien el que pongamos aqui un excelente modelo de chaleco masculino; este objeto es de aquellos que pueden fácilmente ejecutar por sí mismas.

Se hace de franela blanca, con costuras pespunteadas y costuras en cruz, hechas con algodon encarnado. El chaleco cierra por delante, no en el medio, sino al lado izquierdo, y por consiguiente los delanteros difieren en su forma. La manga estrecha, señalando el codo, está separada del chaleco debajo del brazo. La sisa y la manga, en esta separacion, van ribeteadas con una cinta de hilo.

Cada uno de los dos delanteros va guarnecido por una tira de franela, destinada para los botones ó los ojales. En el lado izquierdo (el que cubre) esta tira es igual por todas partes, pegada sobre el borde de delante, por una costura pespunteada; sobre el otro borde, por una costura en cruz.

Estas costuras se hacen con algodon encarnado. En el lado derecho, la tira es mas ancha por abajo que por arriba. Se dirije en el sentido indicado desde la abertura del cuello, y sigue la direccion de los botones, que son de nácar, y se cosen con algodon encarnado. Al lado opuesto se hacen los ojales con el mismo algodon.

Zapatilla de paja.

MATERIALES.— Para cada una: 4 metros de esterilla de paja de 1 centímetro y tres cuartos de ancho; 2 metros de cinta de terciopelo negro cero; 1 y medio metros de felpilla encarnada, armada en alambre; 3 hilos de cuentas de acero del n.º 9; 1 metro de cinta encarnada de tafetan, 2 y medio centímetros de ancho; un poco de tafetan negro.

La esterilla de paja podrá ser mas ó menos fina, segun que se quiera hacer esta labor mas ó menos elegante.

La pala y la soleta se hacen de una sola pieza. Se pone primeramente la esterilla de paja en agua, y se cosen las diferentes filas de ella mientras está todavia húmeda.

Los adornos se componen de un enrejado hecho con la cinta de terciopelo, que se redobla por los lados en donde los cabos de ella no hayan de cubrirse con el rizado que guarnece por delante la pala. Se cosen algunas cuentas de acero en todos los sitios donde las cintas se cruzan, y en el interior de los cuadros se hacen 3 puntos con la felpilla. Se corta luego el forro en tafetan negro ó encarnado, se le guarnece con una hoja de algodon en rama, se le pespuntea formando cuadros regulares con seda encarnada si el tafetan es negro, ó con negra si es encarnado; se cose la soleta á la pala, se las coloca en el interior de la zapatilla; se ribetea la soleta con cinta negra, y en el borde de la pala se pone un rizado de cinta de tafetan encarnada.

Canastillo para papeles.

MATERIALES.—Un canastillo de mimbre blanco: lana gruesa para tapetes, de diversos colores; muselina de lana escarlata; trenza de lana del mismo color, de tres anchos diferentes.

Uno de los dibujos representa el canastillo entero; el otro es una parte, de tamaño natural, que reproduce al mismo tiempo el bordado, el cual se ejecuta con aguja gruesa de canevas. Este bordado se compone de puntos al sesgo (medias cruces); todos los bordados de tapiceria pueden servir para hacerlo. Se embellece mucho esta labor colocando entre los puntos gruesos, nudos, hechos siempre con lana de bordar. El dibujo los indica.

La parte superior del canastillo se compone de 8 dientes, adornado cada uno con una palma bordada. El pié no se borda; se le guarnece con tres rizados de trenza de lana ó de muselina de idem. El interior se forra de muselina de lana escarlata.

CAPELINA-FANCHON.

—15—

LA VIRGEN DE LAS LILAS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora Doña María del Pilar Sinués de Márco.

(Conclusion.)

Mas de repente, se sintió asida por los robustos brazos de su marido que la arrancaba de allí: Clara dió un grito de horror, y empleó todas las fuerzas que le quedaban para desasirse de aquel odioso lazo.

—¡Aparta!... gritó: ¡asesino! ¡asesino! huye tú solo, y déjame morir en paz!

Pero el marqués como si nada hubiera oido de aquellas desesperadas frases; la colocó en el carruaje: la envolvió en su propia capa, y subiendo despues, gritó al cochero:

—¡A escape!

El soberbio tronco partió rápidamente, mientras los servidores del conde recojian su cuerpo inanimado.

XX.

Era la noche de aquel dia, que alumbró con su luz primero el combate, ó mas bien la muerte del conde de Torrenueva.

Llovia sin cesar; y el agua azotaba los cristales de la habitacion del pobre Eugenio.

En medio de la estancia, se veia un lecho mortuorio cubierto de terciopelo negro, y alumbrado por ocho blandones, en el cual descansaba el cadáver del conde.

Arrodillada á los piés del lecho, con las manos unidas y la cabeza inclinada sobre el pecho, estaba la condesa, su madre.

No rezaba: no lloraba: permanecia inmóvil y como absorta en su dolor, tanto mas terrible cuanto era mas silencioso y concentrado.

De cuando en cuando, una lágrima sola, pero ancha, como las gotas tempestuosas que azotaban los cristales de la ventana, corria por su lívida mejilla y se perdia en su pecho.

Serian las nueve de la noche, cuando se oyó un débil rumor á la puerta del aposento y se abrió de golpe, apareciendo en ella Magdalena.

Detrás de la jóven venian dos camareras que no habian podido impedirle el paso.

La condesa volvió la cabeza; pero no manifestó sorpresa por aquella aparicion: antes bien se levantó, tomó la mano de la jóven, y la atrajo nuevamente hasta sí.

Aquella mano, estaba húmeda y helada.

—Perdone V. señora, dijo Magdalena, si he penetrado hasta aquí: queria verla para preguntarle por mis hermanos de quienes nada sé!

La pobre niña, no pudo proseguir: habia fijado sus ojos en el cadáver! dió un grito y cayó de rodillas, comprendiéndolo todo.

La condesa apoyó en su pecho la cabeza de la jóven, y durante algunos instantes, estuvo contemplando sus lágrimas con una expresion indefinible.

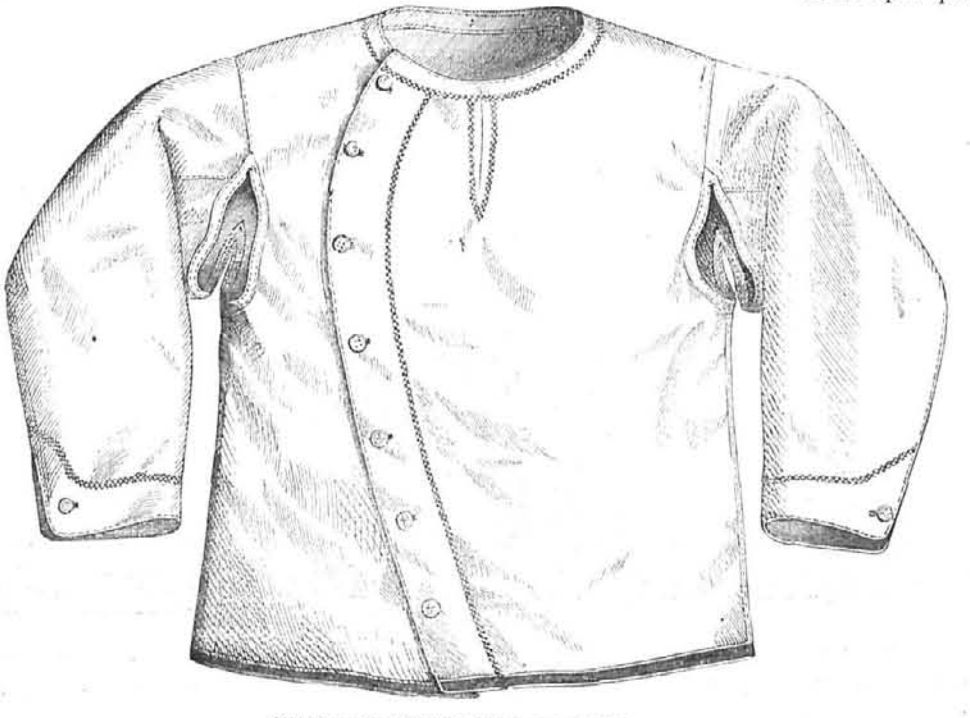
—¡Oh llanto copioso y bienhechor de la juventud! exclamó: tú eres uno de sus mayores beneficios! llora! prosiguió despues: llora tú que tienes muchas lágrimas en tus ojos! yo lloro la sangre de mi corazon!

Un largo silencio reinó despues de pronunciadas estas palabras: las dos mujeres oraban.

Despues de algun rato, Magdalena se levantó, se acercó al cadáver y dijo á media voz:

—Adios, Eugenio, y pluguiera al cielo que yo hubiera podido hacerte dichoso! desde mi retiro, rogaré por ti! y no dejaré por ninguno de los fastuosos títulos del mundo, el sobrenombre que tú me diste.

Al acabar estas palabras, la *vírgen de las Lilas*, apoyó sus labios en la frente del cadáver, y luego se volvió hácia la condesa:



CHALECO DE FRANELA PARA CABALLERO.

© Biblioteca Nacional de España

ALMILLA PARA SEÑORA.

—A Dios, señora, dijo: si alguna vez, necesitase V. de una mano amiga, ó de un corazon bueno y honrado acuda á mi: vuelvo al pobre hogar que jamás debí abandonar, porque en él me protegia la venerable sombra de mi padre!

La anciana y la niña se abrazaron, y Magdalena salió de aquella triste casa.

Volvió á entrar en la suya que estaba inmediata, y un criado le *abrió bostezando*.

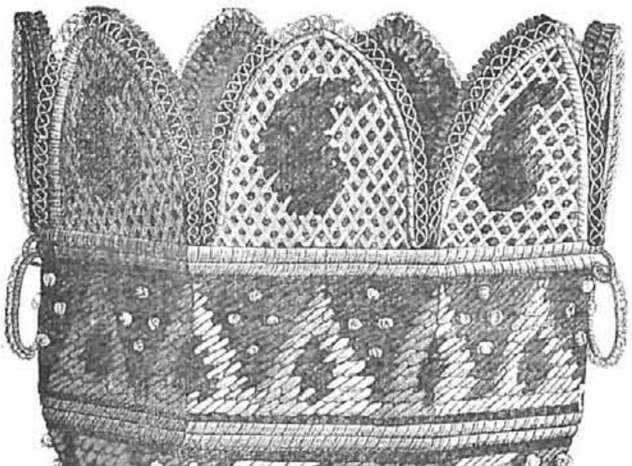
Eran las once de la noche: Magdalena entró en su habitacion, y cambió su vestido de seda por el pobre vestido de indiana que *habia llevado puesto al entrar en* aquella casa fatal.

La servidumbre ignorante aun de la catástrofe ocurrida, pero sin tomarse mucha pena por la desaparicion de sus *señores, se habia* dividido segun sus gustos é inclinaciones: algunos de los criados dormian en sus respectivos cuartos; otros habian salido para ir al teatro, ó para reunirse con sus camaradas, y las doncellas estaban ocupándose en arreglar sus trages de seda, despojos de su señora y que esta les habia dado al ponerse el luto de su padre.

—¡Ah! pensó Magdalena: ¡cuántas mas dichosas son estas jóvenes que mi desgraciada hermana! qué será de ella, Dios mio!

Como se vé la pobre niña no pensaba en si misma: es verdad que ella tenia pura la conciencia y puro, aunque lleno de luto, el corazon.

Salió por fin á la calle, cubiertos sus cabellos con una mantilla de seda: la lluvia caia aun y soplaba el aire frio de Noviembre. Magdalena anduvo con paso ligero la gran distancia que la separaba de su pobre tiende-



CANASTILLO PARA PAPELES.

cilla, y gracias á lo crudo de la noche, llegó sin que se aproximase ninguno de esos importunos, cuya sola ocupacion parece ser, la de dirigir requiebros á todas las mujeres.

Cuando llegó á la puerta de su casa, ya estaba cerrada: llamó y poco despues, oyó en la escalera las fuertes pisadas de Francisco.

—¿Quién es? preguntó con un acento en que se notaba la sorpresa.

—Soy yo, Francisco,ábrame V., respondió la jóven.

—¡Dios me valga! exclamó el honrado albañil, yo creo que esta es la voz de la señorita Magdalena.

—La misma soy, Francisco.

Descorrióse el cerrojo: la llave dió dos vueltas y se abrió la puerta apareciendo el esposo de *Juana, sin mas* ropa que la camisa y el pantalon.

—¡Qué es esto! exclamó sobresaltado al ver la palidez y el abatimiento de las facciones de la jóven: ¿qué ha pasado, señorita?

—Nada, Francisco, contestó Magdalena: me vuelvo á mi tienda y á mi cuartito.

—¡Dios mio! señorita, Juana se vá á volver loca de alegria! exclamó Francisco, y corriendo hácia la escalera, empezó á gritar:

—¡Juana! señora Mónica! ¡Rosa!

—¡Hombre, qué es lo que pasa! preguntó la voz de Juana aun á larga distancia.

—¡Qué ha de pasar mujer! que está aqui la señorita Magdalena!

Al oir aquel nombre, y como si él hubiera tenido el poder de evocar á las personas, todas las mujeres se precipitaron en el patio abrazando á la jóven y llenándola de caricias.

—¡Vamos, basta ya! dijo la buena Mónica separando á las vecinas: ¿no veis que está descolorida y *temblando*? idos, y tú, Rosa, dame la llave que voy á acostar á la señorita.

Aquella excelente mujer, con el instinto de su corazon sensible, habia comprendido que Magdalena padecia y *trataba de apartar de ellas á las oficiosas vecinas*.

Tomó la llave del cuartito, abrió y desapareció con Magdalena que apenas podia tenerse en pié.

—Buenas noches, hija mia, dijo Juana, sin atreverse á entrar: el gozo de pensar que la tenemos aqui otra vez, *no me vá á dejar dormir esta noche*.

—Buenas noches, señorita, dijeron las demás mujeres que subian precedidas de Francisco.

—Buenas noches, mis queridas amigas, respondió Magdalena.

—*Rosa, hija, anda por mi brasero para calentar* la cama á la señorita, dijo la señora Mónica á la jóven, que obedeció corriendo.

Pocos momentos despues, Magdalena estaba acostada en su cama bien caliente y la señora Mónica en pié de*lante del lecho, le presentaba un vaso de leche tibia*.

Hacia ya veinte y cuatro horas que la pobre niña, no tomaba ningun alimento.

¡Ay! cuando el huracan de las pasiones combate el corazon, quedan olvidadas todas las necesidades materiales!

—Ahora, Rosita, ven y ayúdame á bajar aqui mi cama, dijo la anciana, acabando de encender una lamparilla: si mi chiquitin llora, ya lo oirá tu madre.

El catre de tijera y el delgado colchon de la anciana, fueron colocados á la puerta de la alcoba de Magdalena que rezaba mirando el crucifijo de su padre, coronado por algunas ramas de lilas.

—Vaya, hija, vete á dormir, dijo á Rosa la señora Monica.

—Ahora mismo, respondió la jóven, pero antes, déjeme V. decir á la señorita que el sábado me caso con German.

—¡Dios os haga dichosos! murmuró Magdalena, con esa voz opaca de un fatigoso sueño.

Rosa salió: y los sentidos de Magdalena quedaron embargados por un letargo, que si no era sueño podia al menos propor*cionarle algun descanso*.

La señora Mónica, rezó sus oraciones, dió una última mirada á la pobre huérfana, y cruzando las manos murmuró:

—¡*Verdaderamente, es hermosa* como una Virgen!

XXI.

Al dia siguiente Magdalena se despertó con una fuerte calentura.

Del mismo modo que cuando perdió á su padre, se sintió herida por el rudo golpe de la pérdida de su hermana: porque Magdalena nada sabia acerca de la suerte de la desventurada Clara.

Asi y en medio del parasismo de su dolor, tan pronto la veia espirante á impulsos de su pena, tan pronto la juzgaba victima de la cólera de su marido.

Otras veces pensaba asistir á un desafío, y se agitaba en su lecho dando gritos para impedirlo: en fin, su estado llegó á ser de tal modo alarmante, que la señora Mónica, prohibió la entrada á las vecinas durante todo el dia, quedándose sola para el cuidado de la enferma.—La primera vez que esta pudo darse cuenta de donde se hallaba, vió sentado al médico á la cabecera de su cama, y en pié á su lado á la señora Mónica.

—¡Ah! Caballero, ¿hay noticias de Clara? fueron sus primeras palabras.

—Sí, señorita, repuso el doctor: aquí tengo una carta para V.

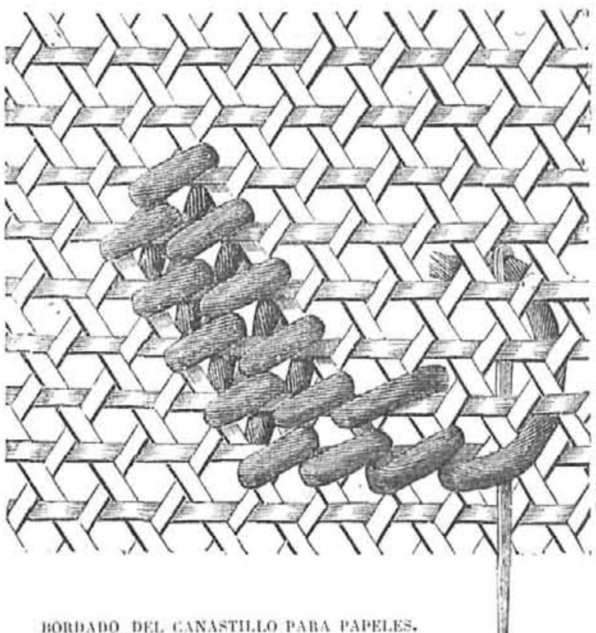
Y sacó en efecto una carta, que tenia el sello de Paris, y cuyo sobre decia.

A la señorita D.ª Magdalena de Miranda, calle de San Francisco n.º 40.»

—¡Ah! démela V., caballero! exclamó la jóven cuyos ojos brillaron de contento.

—¿Quiere V. que yo se la lea? preguntó gravemente el médico: su vista de V. está aun mas débil para distinguir estos caractéres.

—¡Es verdad! dijo la jóven dando un suspiro: yo rue-



BORDADO DEL CANASTILLO PARA PAPELES.

go á V. que me dé á conocer su contenido.

El médico leyó.

«Querida hermana mia: estoy en Paris, si no feliz, al menos resignada; desde el sitio mismo en que tuvo lugar el combate fatal, Pablo, me trajo aquí: pienso mucho en ti: y daria la mitad de mi vida por tenerte á mi lado.

«A Dlios! ahora no puedo decirte mas, sino que vivo, y que no te apartas de la memoria de tu infeliz hermana

CLARA.»

Acabada la lectura, el médico volvió á meterse sin afectacion la carta en el bolsillo.

Magdalena derramó abundantes lágrimas, que aliviaron algun tanto la opresion de su pecho.

Aquella carta que el buen doctor habia escrito valiéndose para orientarse de las desgracias de Magdalena, en algunas frases inherentes que se la habian escapado en su delirio, aquella carta vino á ser un bálsamo para la desgraciada jóven.

Algunos dias despues, se hallaba sentada en el sillon de su padre: débil y abatida por la enfer-

ZAPATILLA DE ESTERILLA DE PAJA.

© Biblioteca Nacional de España

medad, pensaba en su hermana, y en aquella madre, á quien el marqués habia dejado sin hijo.

—¡Ah! pensaba Magdalena: yo sola soy la causa de esa catástrofe! el funesto amor que Pablo sentia por mi, fué lo que le hizo dar muerte al desventurado Eugenio! no, no es Clara la que tiene que acusarse de esa muerte! soy yo, puesto que ella vive con su esposo y que este la ha perdonado.

Un carruaje que se detuvo á la puerta, la interrumpió en estas reflexiones. Rosa que estaba á su lado se asomó á la ventana.

—Una señora de luto, ha bajado del coche y ha entrado aquí, dijo á la jóven enferma.

Magdalena tembló: sus desgracias le habian hecho mirar con profundo horror, todo lo que pertenecia al gran mundo.

Aun estaba bajo esta triste impresion, cuando la señora Mónica abrió la puerta, para que pasase la dama enlutada.

Esta alzó el velo de su sombrero, y descubrió las facciones marchitas y los cabellos blancos de la condesa de Torrenueva.

Parecia haber envejecido diez años: la plácida y tranquila expresion de su fisonomía, habia desaparecido para dar lugar á otra de profundo y desolado dolor.

Magdalena se extremeció al verla.

—Hija mia, dijo la condesa á la jóven: ayer he recibido una carta de la marquesa, en la cual me incluye otra para V.: aquí está.

Magdalena tomó la carta: estaba fechada en Bruselas, y al verla comprendió la piadosa estratagema del doctor.

Sin embargo; y por una caritativa intuicion, este no se habia equivocado respecto al estado moral de Clara.

«Estoy buena, decia esta: mucho mejor de lo que podia esperar, despues de mis terribles dolores: si quieres hermana mia, habitar sola en el palacio donde has vivido dos meses á mi lado, puedes hacerlo: yo no sé cuando volveré á España, y por tanto esa casa te pertenece.»

—¡Yo volver á esa casa! exclamó horrorizada Magdalena: ¡Oh jamás! jamás!

—Sabia que tú pensarias así, hija mia, dijo la condesa con una sonrisa triste; pero ahora oye otra cosa que voy á proponerte por mi parte: yo no quiero dejar la casa donde ha nacido y ha muerto mi hijo: vivo en ella como en una tumba, pero en ella acabaré mis dias: ¿quiéres habitarla conmigo, Magdalena? hay en ella una puerta cuya existencia yo sola sé y que comunica con la habitacion que tú ocupabas... vente allí, y vivirás entre todos tus recuerdos, pórque viviendo en mi casa, podrás pasar cuando quieras, algunas horas en la de tu hermana.

—¿Quién abrió esa puerta de comunicacion? preguntó la jóven cuyo corazon palpitó violentamente, al recuerdo del dia que descubrió á través del gran cuadro, el secreto de la faltal pasion de su hermana.

—Yo he nacido en la casa que habito, dijo la condesa: la en que vivió tu hermana, la compró un hermano de mi padre, y abrió aquella puerta para verse con mas comodidad: muerto él, la puerta fué condenada por sus herederos y nadie, mas que yo, sabe que existe, pues ni Clara, ni mi desgraciado hijo llegaron á sospechar su existencia.

—Yo la descubri sin embargo, señora, repuso tristemente Magdalena: si, á través de esa puerta oi yo la terrible revelacion del amor del conde á mi hermana: un cuadro la ocultaba por el lado de mi cuarto.

—Y otro por el lado del cuarto de mi hijo.

—¡Oh! cierre V. esa puerta, señora! exclamó Magdalena ciérrela para que no vuelva á dejar escapar mas terribles secretos! y ahora, añadió, déjeme V. darle gracias por el amparo que quiere conceder á mi desvalida juventud.

—¿Aceptas pues?

—No, señora, repuso con entereza la jóven; he padecido tanto en eso que llaman gran mundo, en el poco tiempo que en él he vivido, que no quiero volver á habitarle: aquí donde he sido feliz é inocente á pesar de mi pobreza, aquí viviré, y seguiré siendo para todos, la pobre modista, la huérfana honrada, *La Virgen de las Lilas.*

La condesa, no respondió nada: pero al abrazar á la jóven para despedirse de ella, una lágrima cayó sobre la frente de Magdalena, como una celeste bendicion.

XXII.

Algunos dias despues de estos sucesos y en una estancia que formaba parte de una de esas bellas casas de antigua arquitectura, que tanto abundan en la ciudad de Bruselas, se hallaban solos el marqués de Albareal y su esposa

Clara entraba en la convalecencia de una cruel enfermedad, que la habia tenido á las puertas del sepulcro: estaba en extremo flaca, y sus grandes y negros ojos, aunque henchidos por los padecimientos, parecian mucho mayor que de ordinario.

Su palidez era extremada; apenas habia color, ni aun en sus labios, que tan hermoso carmin habian ostentado siempre.

Si tan grande cambio habia experimentado su fisonomía no era menor el que se advertia en sus facciones.

A su habitual expresion de dureza y petulancia, habia sucedido otra de profundo dolor, de tristeza desgarradora, de amargo desaliento.

Estaba envuelta en un peinador de batista, que sujetaba á su enflaquecido talle, una cinta de luto.

En pié y cerca de ella, apoyado en una mesa, y mirándola con dolorosa piedad, estaba su marido.

Tambien él habia padecido mucho moralmente, á juzgar por su aspecto abatido, y por el matiz de plata, que habia empezado á estenderse sobre sus cabellos.

—Te lo repito, Clara, decia á su mujer, siguiendo al parecer una conversacion empezada: no oirás de mi boca una sola reconvencion: vive y procura recobrar un poco de felicidad.

La marquesa, sacudió la cabeza con una amarga y profunda melancolía.

—Pablo, dijo, siempre te he mirado como á mi mejor, ó mas bien como á mi único amigo; no será ahora cuando te oculte ó disfrace mis sentimientos: el remordimiento me acosa!... me mata!... cierro los ojos, y es siempre para ver la imágen de ese desgraciado! no hay para mi sueño tranquilo, ni una hora siquiera de reposo!

Calló la jóven y su marido la contempló algunos instantes en silencio: luego, cediendo sin duda á un sentimiento muy fuerte:

—Oye, Clara, dijo, y ojalá que pueda esta penosa confesion aliviar tu alma de ese peso cruel que la oprime: no tengas remordimientos por la muerte del conde... no le maté porque te habia amado... no! le maté porque amaba á tu hermana!

—¡Qué escucho! exclamó la marquesa atónita por aquella revelacion terrible.

—Si, continuó Pablo, le maté porque yo, Clara, amaba á Magdalena, como se ama solo un vez en la vida: con ese amor único, profundo, inalterable, apasionado, dulce y consolador como un rocio del cielo! Eugenio se dejó matar, porque creia haberme ofendido arrebatándome tu corazon!... pero yo le maté, porque no queria que se casara con tu hermana!

Calló el marqués, y su esposa alzó al cielo sus manos y sus ojos como para agradecerle aquella tremenda revelacion.

Luego, volviéndose al marqués:

—¡Oh! exclamó con efusion: ¡cuánto bien me has hecho, Pablo! Dios te lo tome en cuenta por la sangre que has vertido!

El marqués quiso tomar la mano de su esposa, mas ella, la retiró extremecida.

Aquella mano estaba manchada con la sangre de Eugenio.

—Vivamos pues, como dos buenos amigos, Clara, dijo el marqués: por una de esas inexplicables fatalidades del destino, ámbos llevamos en el corazon otra imágen: pero aun podemos ser hermanos: y disfrutar de calma, ya que no de felicidad.

—Si, tienes razon, Pablo, respondió Clara; perdonémonos mútuamente nuestros errores: para el mundo seremos esposos: para nosotros mismos, hermanos nada mas.

El marqués se dirijió á la puerta: conocia que Clara necesitaba estar sola: en efecto, Clara rezaba con las manos unidas, derramando lágrimas de consuelo y de gratitud.

Ya era tiempo de que el rocio del cielo, descendiese sobre aquel llagado corazon.

—¡Pobre mujer! murmuró el marqués contemplándola con dolor: si ella ha sufrido tanto, ¿qué debo yo sufrir, que la dejé luchar sola, y sucumbir? ¡Oh, Dios mio! prosiguió alzando al cielo una triste mirada: ¡Vos lo decis á mi corazon! yo debia perdonar á esa desventurada, para que vos me perdoneis á mi!

. . . .

Al mismo tiempo que tenia lugar aquella triste entrevista entre los dos esposos, Magdalena sentada de nuevo detrás de su pequeño mostrador, cosia en silencio, una envoltura infantil.

Era otra vez *La Virgen de las Lilas,* casta, inocente, pero solitaria y melancólica, como el sueño del primer amor.

Era una bella mañana de Marzo, y cerca de cuatro meses despues de su vuelta á la tiendecilla, color de rosa.

Magdalena cosia, y de cuando en cuando levantaba sus ojos y los fijaba en la calle, con una expresion de profunda tristeza.

¡Ah! era que recordaba, que seis meses antes pasaba por ella Eugenio y le dirijia palabras de amor, que la irritaban como un insulto.

Y entonces se acusaba amargamente de aquel enojo, porque no podia dudar que era ella la causa de la muerte del conde.

Sí! el funesto amor de Pablo, habia arrebatado la vida del desventurado Eugenio.

Sumerjida en estos tristes pensamientos no oyó entrar á Rosa, que traia en la mano una hermosa rama de lilas.

Rosa se habia casado hacia tres meses con German, el pintor de fachadas y vivia en una casita cerca de allí.

—Tome V., señorita, son las primeras, dijo á Magdalena presentándole el hermoso ramo cuyo balsámico aroma se derramaba por toda la habitacion: me dijo ayer German, que ya las habia en el Retiro, y hoy he madrugado para ir á buscarlas, porque sé que la vista de sus queridas flores la alegrará un poco.

En efecto: un rayo de gozo iluminó las tristes pupilas de la jóven, que estrechó la mano de Rosa, y luego se levantó para colocar su ramo en un vaso con agua.

Luego tomó la pluma y escribió este billete:

—«Las primeras flores, me han devuelto un poco de mi alegría, y han borrado de mi cabeza algunos pensamientos amargos: asi pues, amigo mio, esta noche podrá recibirle, y me será grata su compañia, si para V. sigue siendo de algun valor la de esta pobre solitaria.»

El que hubiera pasado aquella noche por delante de la tienda de Magdalena hubiera visto sentado junto á ella, á un jóven de dulce y grave fisonomía, que leia á media voz para distraerla, mientras ella trabajaba, haciendo flores á la luz de su lámpara.

Muchas noches contemplaron aquel cuadro encantador de poesía y juventud, los buenos vecinos: cuando llegó el calor, ámbos jóvenes iban á dar un paso, por algun sitio solitario; hablando mas del porvenir que del presente.

Así paso mucho tiempo, mucho! cerca de cuatro años: al cabo de este mismo tiempo, y en tanto que el jóven de fisonomía grave leia para si levantando de vez en cuando la vista para mirar á Magdalena, esta tomó una pluma, y escribió otra carta que concluia así:

«Mañana me caso, querida Clara, y pienso ser dichosa al fin: el esposo que he elejido no es de elevada clase, ni rico: es simplemente el médico que me asistió en mi enfermedad, y que ha devuelto la salud á mi cuerpo y á mi alma.»

Al dia siguiente en efecto, *La Virgen de las Lilas,* ciñó el velo de las desposadas, y Rosa volvió á ser la propietaria de la tiendecita de color de rosa.

Clara y su esposo, volvieron por fin á su patria: aquella entregada completamente á la devocion: ¡Pablo con el corazon yerto y los cabellos blancos!

FIN DE LA NOVELA.

—19—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Lágrimas de gozo asomaron á sus ojos cuando ayudado por Hutschin volvió á sostener á Lucy para llevarla otra vez al sillon, pues era preciso que no se fatigara. La fisonomía del doctor, radiante de emocion, su voz límpida y su risa franca habian hecho en aquel momento la conquista del hombre mas recalcitrante de la tierra.

Lucy le mira en silencio, le sigue incesantemente con los ojos del balcon á la mesita donde arregla los colores y los pinceles. Lucy no le dice una sola palabra, ni «gracias» siquiera, pues conoce que no podria decirla sin hacer otra cosa cosa contra la cual está combatiendo.

Ni siquiera se atreve á alargarle la mano, como la aconseja su corazon, temiendo no poder contener la emocion que domina; pero sus dos ojos brillantes fijos en él dicen mucho mas de lo que podria expresar la boca.

Al cabo de media hora de descanso Lucy dá otro paseo del balcon al canapé para estarse ya quieta hasta que volviera el doctor Antonio.

Estaba en este último paseo cuando entró sir John. Dejaremos que juzgue el lector si el buen humor que brillaba en los ojos del padre se oscureceria en presencia de lo que estaba viendo. Sir John tomó con presteza el puesto de Hutschin, y tomó el brazo de su hija extasiado al andar con ella cinco pasos para llegar al canapé.

No, respondemos de ello; jamás la sala de la posada habia visto fisonomias mas alegres.

Cuando se calmó un poco la emocion producida por este incidente, sir John contó con mucha alegría la excursion que habia hecho aquella mañana. Habia estado en San Remo, y habia visto una huerta preciosa donde habia hallado un tesoro, unos naranjos sin rival en el mundo. El amo del jardin habia puesto á su disposicion todas las plantas, y era este amo un hombre tan distinguido, que él le habia convidado para la reunion musical del dia siguiente.

Despues de haber dado rienda suelta á su entusiasmo, y despues de haber abrazado con ternura á su hija, diciendo que tenia una fisonomía muy alegre, observacion que el doctor se guardó de contradecir, sir John se consagró á la lectura de sus cartas y de sus diarios.

Antonio se levantó, saludó á todos, y estaba ya en el umbral de la puerta cuando Speranza le cerró el paso; detrás de Speranza venia su madre, y ámbas se precipitan como un huracan en el aposento.

Las dos mujeres lloran, sollozan, se encuentran sofocadas, y sin embargo no parecen personas sumerjidas en el dolor. Speranza arrodillándose junto al canapé, estrecha las rodillas de Lucy y la cubre de besos y de lágrimas las manos y los piés.

Rosa, agitada con menos violencia, se detiene en medio de la sala, y con las manos cruzadas y alzadas al cielo no cesa de exclamar:

—«Oh, caro! Oh, Madonna santissima!» ¡Qué felicidad tengo en este dia!

Despues le toca al doctor Antonio y luego á sir John, que reciben abundantes besos bañados de lágrimas.

—¡Esta muchacha se ha vuelto loca, exclamó sir John atónito, encarnado como un tomate y retirando su mano con presteza.

© Biblioteca Nacional de España

—*Sí, dijo Antonio, loca de alegría. Battista ha llegado*, ¿no es verdad?

Speranza responde con una sonrisa afirmativa y con otro torrente de lágrimas; se apodera de la mano de Antonio, lleva al doctor hácia el balcon, donde Rosa los sigue y luego los tres desaparecen.

—¡Qué necios son con sus demostraciones estos italianos! exclama el baron de mal humor, como queriendo protestar contra su emocion momentánea.

—Está en su naturaleza sentir y expresarlo así, dijo Lucy.

—De eso me quejo, exclamó el padre.

—¿Y por qué?

—*Porque toda demostracion de debilidad* hecha de esta manera, respondió sir John con un tono seco, rebaja la dignidad humana y supone frivolidad. Siempre he oido decir que los sentimientos profundos, así como los rios profundos, hacen poco ruido.

—Pero en esta ocasion, añadió Lucy, nadie puede poner en duda la realidad de los sentimientos de la pobre Speranza, y vos mismo habeis participado de la emocion, porque he visto brillar lágrimas en vuestros ojos.

—Lágrimas en mis ojos! repitió sir John con desprecio; ¡*tontería*!

Y tomando el *Times* le puso de pantalla entre su semblante y la mirada escudriñadora de su hija.

Antonio volvió al cabo de un instante, y añadió que Battista queriendo cumplir con su deber, solicitaba el honor de ser admitido á presencia de sus bienhechores.

—Sí, sí, que entre, exclamó Lucy con presteza.

Las jóvenes de veinte años, sea cual fuere su posicion social, tienen siempre un poco de curiosidad por conocer al héroe de una aventura amorosa; ora lleve un manto ducal, ora una *blusa de marino*.

—Sí, que venga y acabemos, añadió sir John; pero no quiero una segunda edicion de lágrimas y de besos *en las manos*.

—Creo que ahora no sucederá nada, dijo Antonio; las mujeres están calmadas ya, y segun creo, Battista no es inclinado á la ternura.

—Mejor para él y para nosotros, murmuró sir John; he tenido hoy bastante de esas cosas para todo lo que me queda de vida.

En aquel momento el héroe del dia, un mozo de veinte y dos años, sólidamente constituido, de estatura ordinaria, muy moreno, guiado por Speranza y empujado *por la madre, hizo su entrada un poco triunfal*, y con paso lento y vacilante se acercó al canapé donde estaba Lucy.

La jóven inglesa comprendiendo la confusion del pobre marino, le recibe con bondad y le dirije algunas palabras afables.

Battista alza los ojos, lanza una exclamacion y se quedó cortado un instante. No hay duda que habria echado á correr sin Rosa y Speranza que le detienen. Entonces busca en su derredor, clava la vista en el fondo de su gorro encarnado que *dá vueltas* en sus manos y mira á todas partes excepto á Lucy. A la verdad menos le impondria á Battista el mar alborotado que aquellos *ojos azules*.

—¿Has perdido el juicio? le preguntó Antonio. ¿Nada tienes que decir á esta señorita que ha sido para tí una segunda providencia?

Battista hace vanos esfuerzos para hablar: por fin, en medio de sonidos inarticulados, se le oye que dice muy bajo:

—¡Es la Madona!

Y al punto cae de rodillas.

Diga sir John lo que quiera, dudamos que se haya rendido *nunca un homenaje mas profundo á la pureza* y á la hermosura terrestres.

Antonio comprendió la necesidad de cortar una escena que, en razon de la sinceridad de sentimientos del pobre muchacho era embarazosa para todos.

Acercándose pues á Battista, le levantó y le dijo:

—Está bien, eso basta; esta señorita sabe lo que quieres decir. Vámonos ya, que otro dia daremos las gracias.

Y pegándole unas palmadas en el hombro, el doctor se llevó fuera del cuarto al jóven turbado y confuso, seguido *de las dos mujeres no menos atónitas*.

Suplicamos al lector que crea que lo que precede no es un cuadro imaginario, sino una escena copiada al natural. Si no la hubiéramos visto por *nuestros propios* ojos, jamás nos habria ocurrido escribirla. Por lo demás, comprendemos muy bien que un jóven italiano, sencillo, ignorante, pero lleno de imaginacion, en quien toda nocion de lo que es bello y gracioso se halla personificada en la imágen de la Madona, esto es, en una bonita figura con cabellos rizados y un manto azul; comprendemos, decimos, que un jóven en tales condiciones, puesto de repente cara á cara con tan suave muestra de mujer como aquella jóven inglesa, la identifique inmediatamen*te con el tipo de hermosura y de gracia que ha aprendido* á reverenciar desde su infancia.

La especie de alucinacion de Battista tardó algun tiempo en disiparse á despecho de las explicaciones de Antonio y de los sermones de Speranza, que estaba avergonzada de verle hacer, como ella decia, el papel del tonto.

Battista no tenia mas que un argumento; pero con él hacia frente á todas las objeciones: ya la habia visto, estaba bien seguro, y ella le habia hablado y le habia *dicho que era la Madona*. Fué, dijo Battista, en una noche terrible, en medio del mar, cuando rendido de cansancio por haber trabajado en la bomba, se habia *tendido* sobre un cable enroscado y *se habia dormido*. La Madona le apareció durante su sueño y le dijo con ojos resplandientes: «Esa es tu devocion á la Vírgen que te acuestas sin rezarme una *Salve*?

En esto Battista se despertó, se levantó, rezó sus oraciones como de costumbre con la *Salve*, y se durmió de nuevo.

Pero otra vez le apareció la Madona y en esta ocasion con ojos sumamente suaves, y le dijo con una voz muy bondadosa:

—«Battista, eres un buen muchacho; mientras tengas confianza en mí nada malo te sucederá; ten valor, que volverás á Bordighera.»

Que le creyeran ó no, á Battista poco le importaba; él repetia una y mil veces que la voz que habia oido, los cabellos, los ojos, el semblante que habia visto en la sala de la posada, eran la voz, los cabellos, los ojos y el *semblante de la aparicion nocturna que en el mar habia* tenido.

Battista lo habria jurado: nada faltaba, ni siquiera el vestido azul.

—Tenemos que ayudarles á que se casen, dijo Lucy por la tarde al doctor.

—¿De veras? exclamó Antonio con alegría; pues yo pensaba que eso vendria bastante pronto por sí solo, sin que nosotros nos ocupáramos del asunto.

Lucy hizo un movimiento de impaciencia.

—*Ya sabeis lo que quiero decir, exclamó; ¿no me ha*beis dicho vos mismo que Rosa se hallaba en mal estado en cuanto á recursos? ¿no es un hecho que Battista perdió todo cuanto poseia? Pues entonces, *me pa*rece que es muy sencillo pensar que necesitan nuestra ayuda para casarse.

—No hableis en plural, repuso Antonio, pues por mi parte no puedo hacer otra cosa que felicitarles.

—Algo mas, exclamó Lucy con presteza; podeis ocuparos de ellos, gastando tiempo y trabajo; es preciso que averigüeis á cuánto asciende el *total* de sus deudas.

—La cantidad es crecida, respondió gravemente Antonio.

—*No importa, dijo Lucy; mi padre me la dará*, y si no le diré que mas habria valido dejar á Battista á bordo de su buque y no haber engañado á Speranza.

Antonio solo respondió con una sonrisa, pero en el fondo de su corazon y sin que ella oyera nada, Antonio bendecia á Lucy.

Un dia que habia principiado bajo tan felices auspicios, un dia tan fecundo en suaves emociones para la mayor parte de nuestros personajes, debia acabar y acabó de un modo digno del principio.

Por la noche á las doce hubo una serenata; eran los dilettanti de Bordighera, que inspirados por el doctor Antonio se habian reunido bajo el balcon para felicitar á miss Davenne.

Sir John que no estaba acostado todavía, bajó al jardin para dar gracias y fué recibido con aclamaciones. Bien luego circularon entre los músicos bandejas cargadas de vasos y botellas, y es de advertir que entre los músicos habia muchos aficionados que se habian reunido á la fiesta y que llenaban el jardin.

Por detrás de las celosías Lucy disfrutó de un gran placer con aquella serenata; pero lo que procuró á miss Davenne una emocion infinitamente mas dulce que las *oberturas de la Gazza* y del *Barbero*, *fué una romanza* cantada por tres voces, entre las cuales habia una de bajo suave y sonora, tan cara á sus oidos como á su corazon. Era una cancion popular de la Riviera de una melodía deliciosa. Por eso Lucy en esta ocasion se entregó sin violencia á lo que habia combatido tan valerosamente aquella mañana, y se fué á su lecho llorando. Sin embargo, estas lágrimas no la desolaron, pues se durmió con un sueño apacible y profundo.

XII.

—Mirad qué hermosa alfombra ha extendido la naturaleza á vuestros piés, decia Antonio algunos dias despues, conduciendo á miss Davenne al jardin.

El viento habia soplado durante la noche, y la tierra estaba cubierta con una capa de flores de naranjo y de limonero, alfombra de nieve, sobre la cual se destacaba un esmalte de amapolas.

—¿Me ofrecereis otra como esta cuando vaya á Davenne?

—No será tan rica ni brillante, respondió Lucy; sin embargo, continuó, con cierto orgullo, en Davenne hallareis en todas las estaciones lo que no se encuentra en mi país, un césped inglés tan suave como el terciopelo y de un verde inimitable.

—Le admiraré de todo mi corazon, dijo Antonio; hasta me siento dispuesto de antemano á admirar todo lo que es inglés.

—¿De veras? repuso Lucy con alegría; ¡oh! entonces, id pronto á Inglaterra, yo seré vuestro cicerone.

En ese caso no debo ir en mucho tiempo, dijo el italiano chanceándose: ¿habeis olvidado que debeis per*manecer aquí á construir una casa para no sé quién?*

—Bien lo desearia; con gusto pasaria aquí toda mi vida, respondió Lucy con sencillez.

—¿Hablais formalmente? exclamó Antonio con voz conmovida y el rostro muy encarnado.

Lucy le miró.

—Pero no podeis, añadió gravemente y con desaliento; bien sabeis que no podeis... ¿qué se diria si la hija de sir John Davenne abandonase el puesto que la pertenece en la sociedad para enterrarse en una ocura aldea de Italia?

Aquí hizo una pausa el doctor, que quizá solicitaba una respuesta y luego continuó diciendo:

—La elevacion y la riqueza son *cadenas de oro, pero* al fin son cadenas. ¿No fué Séneca quien dijo que una gran fortuna era una gran servidumbre?

—Temo que no haya dicho la verdad, respondió Lucy *con un suspiro que no pudo comprimir*.

Entrámbos jóvenes continuaron su paseo en silencio. Era un gusto el verles andar el uno al lado del otro, Antonio midiendo su paso por el de Lucy y sosteniéndola con tierna solicitud, y Lucy apoyándose en el brazo de Antonio, confiada y dichosa. Ambos eran jóvenes, hermosos, elegantes; ámbos tenian el sello de distincion que caracteriza á las naturalezas privilegiadas, y con tantos puntos comunes, cada cual sin embargo, tenia un tipo bien distinto: Lucy resplandeciente de tonos dorados y rebosando suavidad; Antonio cubierto de tintas sombrías y respirando la energía; la jóven inglesa inclinando graciosamente su cabeza de querubin como una *flor que reclama un tutor, el italiano con la suya er*guida y altanera; el andar de la convaleciente ligero y en cierto modo infantil, el del médico firme y seguro como si hubiese tomado posesion á cada paso del terreno que pisaba. ¡Contraste y armonía á la vez! ¡Union de la fuerza y la fragilidad! Cada rasgo del uno servia para hacer resaltar los rasgos del otro; el diamante negro destacaba su luz sobre la perla de Oriente, y la perla á su vez prestaba su dulzura al diamante negro!

En tanto que el doctor Antonio y miss Davenne, á *despecho de los suspiros y de los malos presentimientos*, saboreaban respectivamente la felicidad de aquel primer paseo matutino, ponian sin quererlo en un apuro cruel á un testigo casual de su paseo. Battista pasaba naturalmente los dias en la posada, y bajaba largos ratos al jardin, donde fumaba en su pipa y miraba á miss Davenne á escondidas probablemente para aclarar las dudas que conservaba aun respecto á ella, pero habiéndose quejado sir John del olor del tabaco que infestaba sus aposentos, Battista habia renunciado á la pipa, sin renunciar por eso á su sistema de observaciones que proseguia con perseverancia mascando su tabaco á guisa de consuelo.

Ahora bien, como Lucy no habia salido hasta enton*ces de la casa, el novio de* Speranza *no la suponia tan* cerca del lugar que él se habia elegido. El pobre mozo, cortado y confuso, se habia apresurado á esconderse tan lejos de los dos paseantes como se lo permitian los estrechos límites del cercado, esperando poder salir en cuanto ellos hubieran vuelto hácia la casa.

Pero estos en vez de operar la retirada continuaron su paseo y le cortaron la huida que meditaba por la puerta del jardin, no dejándole otra alternativa que encontrase con ellos, lo que no no queria, ó esconderse *vergonzosamente detrás del tronco de un árbol, que es* lo que hizo.

Por desgracia la mirada penetrante del doctor no tardó en descubrir al escondido.

—Mirad, á vuestro esclavo, dijo Antonio; mirad cómo se oculta detrás de aquellos árboles para evitar vuestra presencia. ¿Vámos á él? Obliguémosle á que salga.

—No, respondió Lucy pensativa.

—¿Estais cansada? ¿Quereis sentaros? preguntó Antonio.

—No, gracias, todavía no; prefiero continuar un poco mas.

Y prosiguieron andando, Lucy siempre meditabunda.

—Suponed, exclamó de repente, que vais á Lóndres y que allí os estableceis...

Antonio la miró con una sorpresa visible.

—Supongámoslo, respondió; ¿qué gran beneficio me resultaria?

—Con vuestros talentos, con vuestra ciencia medical y el interés que os tiene mi padre, en breve podriais adquirir una buena clientela y hacer fortuna.

—¿No hemos convenido, dijo Antonio sonriendo, en *que la fortuna puede ser una cadena?*

—Es verdad, repuso Lucy un poco confusa; sin embargo, me parece muy natural que el hombre trate de mejorar su posicion.

—Convenido; ¿pero mejorará mi posicion la fortuna? exclamó Antonio con aire de duda; ahí está la cuestion. Admitamos que no existen las dificultades prácticas, del plan que proponeis; supongamos mas, supongamos que mi fortuna está hecha, por consiguiente yo soy rico. ¿Y con qué objeto? ¿Y ante todo, á qué costa? A costa de un *destierro, á costa del sacrificio de todos mis gustos*, de todos mis hábitos, de todo lo que me regocija el corazon y los ojos, de mi lengua materna, de este sol tan hermoso, de este mar azul, de estos bosques de naranjos que me traen el recuerdo perfumado de mi dulce Sicilia. Todas esas cosas, pérdida ligera para muchos hombres, lo seria muy cruel para mí... sin embargo de que la podria soportar si el objeto estuviera al nivel del sacrificio. Ahora bien, ese objeto es precisamente lo que me falta; mi madre á Dios gracias, tiene bastante para ella; mis demás parientes son ricos. En cuanto á mí, no veo qué felicidad podria darme la fortuna.

Antonio se detuvo y como Lucy le mirase en silencio, *continuó*:

—¿Qué podria darme? ¿Una buena casa?—Yo me encuentro como un príncipe en mi choza de Bordighera, mas grande aun de lo que necesito, y que tanto por su situacion como por la vista que domina, es bien superior á muchos palacios. No hay duda que en ella faltan las cosas de lujo, los ricos muebles, las alfombras... pero ¿para qué me serviria todo eso en este clima delicioso donde los inviernos son tan cortos y tan benignos, que no pienso jamás en enceder lumbre?

—¿Una mesa *suntuosa? La mia es la de un príncipe*; no es necesario ser rico aquí para tener una buena mesa.—¿Qué mas? ¿Carruajes y caballos?—¿No tengo mi *calessino* y mi caballejo que vá lijero como una flecha?

(*Se continuará.*)

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA DE CADIZ.

El dia 1.º de noviembre ha salido á luz en esta ciudad un nuevo periódico, el cual se propone consagrar sus columnas á los intereses materiales. Lleva por título El Precursor. Bien venido sea.

La humanidad, que suele ser muy poco lógica, si bien ansia el bienestar y los goces, si bien aplaude y hasta festeja los adelantos que á ellos la conducen, por una extraña contradiccion se preocupa harto mas de lo que es justo de cosas que debieran importarle menos que aquello, y aun cuando su razon le dice que solo la paz puede hacer fructificar las semillas de la prosperidad pública, su instinto le llama á interesarse, cuando no á tomar parte activa, en todas las luchas, siquiera sean de pluma á falta de otra cosa mas contundente.

Véase el por què hay tantos periódicos politicos, y hay tan pocos que tengan por objeto el instruir á los pueblos, el enseñarles el camino de las mejoras, el dilucidar cuestiones que afecten su porvenir y su engrandecimiento. Léense, por ejemplo, con avidez las noticias de un cambio de dinastía en Grecia, y todos se ocupan en hacer cálculos acerca de cómo habrá de llamarse el sucesor del rey Othon, cosa que en rigor no pasa para nosotros de una mera curiosidad, y apenas nos cuidamos de algun adelanto fotográfico ó de alguna mejora en el sistema de los ferro-carriles; los anglo-americanos, comiéndose unos á otros á bocados, tienen el privilegio de llenar las largas columnas de los periódicos, y nadie se cuida de leer media docena de líneas, perdidas en alguna seccion de gacetilla, si ellas tratan del cultivo de alguna planta útil ó de algun descubrimiento para estirpar el oidium de las vides.

Ceda, pues, un tanto la curiosidad al interés, y acójanse y obtengan el favor que merecen los asuntos que importan á la generalidad; difúndanse los conocimientos verdaderamente útiles; discútanse principios y hechos de aplicacion práctica, y venga de una vez la ciencia á sustituir á la palabrería.

Por eso aplaudimos el pensamiento que ha dado vida al nuevo periódico de que nos ocupamos, el que, á juzgar por lo que lleva escrito en lo poco que aun cuenta de existencia, aparece muy capaz de llenar su cometido. Ignoramos quienes sean sus redactores, pero á ser quienes sospechamos, reconocemos en ellos muy aventajados dotes de ilustracion y competencia en las materias que se proponen tratar.

Bien venido sea, repetimos, este Precursor, que por su título se presenta como prólogo de algo mas, y le deseamos cordialmente que algun dia no tenga que decir de sí lo que de sí decia el Precursor dè Jesucristo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto.»

Otro acreditado periódico de la provincia, la Revista del Guadalete, nos ha dado á conocer los interesantes pormenores de la visita hecha por SS. MM. y real familia al castillo de San Sebastian de esta plaza; pormenores que ignorábamos, y que por tanto no pudimos consignar en nuestras reseñas de aquellos dias.

Dignas son en efecto de esta singular honra las magnificas baterías acasamatadas que allí están á punto de concluirse, y que han sido hechas bajo la especial direccion del distinguido ingeniero, coronel D. Juan Lombera. Compónense aquellas de unas cincuenta bóvedas, que todas se comunican entre sí, y en el centro de ella, se levanta una semi-torre, ó batería alta, tambien acasamatada, la cual presenta por tanto tres órdenes de fuegos. SS. MM. hicieron todo el camino de ida á pié, no habiendo querido aceptar las sillas de manos que se les tenian preparadas, y despues de recorrer detenidamente las obras, tomaron asiento en un balcon formado sobre la batería alta descubierta, desde donde se goza de la magnífica vista que ofrece la plaza de Cádiz, el mar que la rodea, la bahía, cubierta de buques, y las vecinas costas. Alli examinaron los planos de las nuevas fortificaciones, y en seguida el Sr. Comandante D. Juan Quiroga, tan entendido ingeniero como buen literato, y al que tenemos el honor de contar en el número de nuestros compatricios y amigos, leyó á los augustos huéspedes una bella oda, que ha insertado íntegra la expresada Revista del Guadalete. En ella bosqueja á grandes rasgos la historia de la antigua Torre de San Sebastian, donde hoy se halla situado el faro, historia que se halla ligada á la de muchos importantes acaecimientos que han tenido lugar en nuestra ciudad en diferentes épocas. Por eso allí menciona el Señor Quiroga la última y desgraciada, aunque heróica guerra con los ingleses, que trajo consigo el bombardeo de Cádiz y las infortunadas hazañas de Trafalgar; por eso recuerda la gloriosa defensa de la Isla gaditana durante la guerra de la independencia, y la circunstancia especialísima de haber estado prisionero en aquella fortaleza el general Dupont; por eso en fin dedica algunas líneas á hablar del gran terremoto é inundacion del año de 1755, dándole á ello natural pretesto el haber entrado las aguas del mar en la ciudad por el muro de la Caleta, sitio en el cual se halla aquel castillo.

Como solo nos proponemos dar una breve idea de esta composicion, bastará como muestra su primera estrofa. Dice así:

«Sobre el mar que á tus pies ruge y se estrella,
Con seculares ojos vigilante
Protege tu alta sombra á Cadiz bella.
A Cádiz, cuya nítida hermosura
De la graciosa Venus la cintura
En lontananza revestir parece,
Y que de bronce y piedra, malla dura
Al enemigo que se acerca ofrece.»

SS. MM. mostraron la mayor complacencia durante su visita, honraron con merecidas gracias á los señores oficiales del cuerpo de ingenieros de esta plaza, y se retiraron, habiéndolo hecho S. M. la Reina en un carruage del Sr. Valverde, atravesando sin obstáculo ni dificultad la nueva y cómoda calzada construida sobre los restos de la antigua.

Antes de abandonar la fortaleza, pudieron ver ya las regias personas una lápida colocada allí la misma mañana, en la que se leia, bajo un escudo de las armas reales, la siguiente inscripcion:

SS. MM. LA REINA DOÑA ISABEL II
Y SU AUGUSTO ESPOSO
VISITARON ESTA FORTALEZA EN CONSTRUCCION
EL DIA 1.º DE OCTUBRE
DE 1862.

Concluyamos nuestra revista de hoy con algo de almanaques. Todos, en efecto, los hacemos, pero no todos los escribimos y los publicamos. Por eso no vamos á hablar aquí sino de los que otros hacen y publican.

Con mas espacio, y con el detenimiento que él requiere, nos ocuparémos otro dia del nuevo Almanaque enciclopédico que en Cadiz sale á luz para el año próximo de 1863; pero mientras le llega su vez, diremos dos palabras de recomendacion respecto al calendario mariano, exclusivamente consagrado á la Virgen María, y que se publica en Lérida. Su santoral es en extremo curioso, puesto que en él, dia por dia, se señalan las diferentes advocaciones con que se celebra á María Santísima en varias poblaciones así de España como del extranjero. Muchas comprende, puesto que son una ó dos por dia, y sin embargo no comprende ni con mucho á todas. Tiene una seccion de variedades devota cuanto amena, y termina con muchas y buenas poesías, alusivas á su objeto.

Es un verdadero librito de devocion, muy bien desempeñado, de religioso solaz y de edificante lectura para las almas piadosas.

Francisco Flores Arenas.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de popelina azul azulina. Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante de tefetan de color algo mas oscuro, de 6 centímetros de ancho, y encañonado á pliegues separados. Una tira del mismo tafetan de centímetro y medio de ancho, está colocada sobre el volante y sube por delante hasta el talle; otras dos van puestas sobre esta, y suben igualmente por uno y otro lado de la primera. Paletot corto de paño fieltro, con solapas y botones. Sombrero redondo de terciopelo negro, adornado con plumas negras.

Trage de tafetan color de habana. Lo bajo de la enagua forma ondas apenas sensibles, guarnecidas con un rizado encañonado de tafetan verde, de 2 centímetros de ancho. Sobre este rizado corre una tira de tafetan verde de 8 á 10 centímetros, cubierta con un entredos de guipur negro, orlada por un lado y otro con otro guipur estrecho, tambien negro, puesto liso; corpiño abotonado. de punta redondeada por delante y por detrás; mangas semi-anchas; su borde está ligeramente ondulado, guarnecido con un rizado verde, y con una tira de tafetan cubierta de guipur, como la de la enagua.

Sombrero de tafetan negro mezclado con tafetan verde, plumas verdes y plumas negras; en el interior media corona de violetas; anchas bridas verdes; chal de cachemira negro, bordado de seda del mismo color, y guarnecido con un guipur muy ancho. Cuello plano y derecho: mangas interiores de nansouk fino, con puño muy ancho, liso, y cerado por un boton grueso de plata cincelada.

Solucion del geroglifico anterior.

El melon y el queso tómalo á peso.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. Federico Joly y Velasco—CADIZ.

Editor responsable: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz: 1862.—Imprenta y litografia de la Revista Médica. Bomba n. 1.

ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL

PARA 1863,

que acaba de publicar nuestro colaborador el **SR. D. MANUEL TORRIJOS**, ha merecido la aprobacion de cuantas personas lo han visto por la multitud de noticias curiosas y de interés que contiene. Nosotros á fuer de imparciales nos atrevemos á recomendarlo á los sucritores de *La Moda*, especialmente á las señoras, seguros de que harán una buena adquisicion.

La gran tirada que de él ha hecho su editor, le permite ofrecerlo **al ínfimo precio de SEIS Y MEDIO rvn.**, sin embargo de ser un tomo en 4.º mayor con mas de 200 páginas.

Se halla de venta en casa de todos los señores corresponsales de *La Moda Elegante Ilustrada*, y en los puntos donde no los haya pueden adquirirse enviando catorce sellos de á 4 cuartos á cualquiera de los Administradores de *La Moda* de Madrid, Barcelona ó Cádiz.

El precio en Cuba y Puerto-Rico es cinco reales fuertes y seis en los demás estados de América.

A cada ejemplar acompaña gratis la entrega primera del **Recreo del Hogar**, publicacion que se recomienda por sí sola.

En Cádiz se halla de venta en la librería de los Sres. Verdugo, Morillas y Comp.ª, plaza de San Agustin, números 4 y 6.

© Biblioteca Nacional de España